

Enric Ucelay Da Cal,
*El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó,
D'Ors y la conquista moral de España,*
Edhasa, Barcelona, 2003

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona, Enric Ucelay D'Acal es autor de diversas obras dedicadas al nacionalismo catalán, como *Estat Catalá, La Catalunya populista, Macià i el seu temps*, etc, etc. Se trata de una figura excepcional en el contexto de una historiografía, como la catalana, lastrada por prejuicios nacionalistas y, por lo tanto, escasamente creativa.

En esta monumental obra, monumental no sólo por su tamaño, de más de mil páginas, sino también por la documentación en la que se basa, el autor estudia los orígenes del catalanismo y la propia evolución del nacionalismo español, en la relación con áquel. La tesis de Ucelay es que el nacionalismo catalán no se explica simplemente en su desarrollo en Cataluña, sino en referencia al conjunto español. A diferencia del nacionalismo vasco, atrozmente palurdo, que se formula «contra» España, el catalanismo, mucho más elaborado intelectualmente, se presenta como un proyecto de reorganización de España. De ahí que, según el autor, el nacionalismo catalán tenga posteriormente una influencia importante en sectores de la derecha española y en el nacionalismo español. Esta reorganización del territorio español cristalizaría, a juicio de los catalanistas, en una determinada idea política: el Imperio, como salida política a las contradicciones nacionalistas de España.

Frente a la «vulgata» oficial, Ucelay estima que la ideología «imperialista catalana», formulada primeramente por Enric Prat de la Riba, no fue un aspecto menor, sino central en el proyecto catalanista. Además, contra el marxismo, influyente todavía en un sector importante de la historiografía catalana, estima que el concepto de «burguesía catalana» apenas resulta operativo a la hora de estudiar el tema nacionalista. A su juicio, la trayectoria del catalanismo y de la ideología «imperialista» no puede explicarse «en función de la busca de mercados de exportación por una avariciosa burguesía llena de ínfulas expansionistas, porque tal cosa nunca existió». Su enfoque es el de la historia de las ideas políticas en el sentido pocockiano, es decir, en su relación con el contexto social y cultural.

El autor dedica varias páginas a dilucidar el significado del concepto «imperio», a lo largo de la historia; y cree que sólo llegó a su verdadera plenitud en la época napoleónica, «como reunión de gentes diversas pero una fuerte unipolaridad interna, en competición a escala mundial, con entidades parecidas». A la altura de 1876, el término «imperialismo» significó «el nuevo dominio de los europeos sobre poblaciones de color en lejanos y tórridos trópicos».

Hasta 1898, España fue, para Ucelay, un «imperio»; el centralismo liberal fue más formal que real; en el fondo, era «un Reino de reinos». Además, el centralismo liberal fue muy contestado, desde diversos puntos de vista, a derecha e izquierda, por carlistas, krausistas y federalistas. La guerra de Cuba y la posterior derrota ante Estados Unidos iba a configurar, finalmente, las alternativas nacionalistas vasca, gallega y catalana. Y es que para los contemporáneos eran evidentes las analogías entre las actitudes ideológicas en la Península y las luchas insulares. La respuesta más coherente fue la de los nacionalistas catalanes. Ucelay estudia, en un primer momento, el desarrollo de la doctrina nacionalista desde las aportaciones de Valentí Almirall hasta Prat de la Riba. En general, los catalanistas partieron de la teorización del «hecho diferencial» a partir de la excepcionalidad cultural y política catalana, la singularidad de su industria, el hecho metropolitano de Barcelona, «única rival urbana de la capitalidad del Estado, en la trama distintiva de una sociedad civil caracterizada por el vínculo entre producción, comercio y ciudad en Cataluña»; y, sobre todo, en la lengua. Este discurso ha tenido diversas consecuencias, a nivel nacional español. En primer lugar, que cualquier intento de racionalización burocrática por parte del Estado haya sido vista en Cataluña como «una agresión»; y que, en Cataluña, se desarrollase «una cultura desequilibrada, por defensiva», es decir, que «el medio catalán sea, aún hoy, profundamente solipsista y muy sensible, dado a responder minuciosamente a cualquier desprecio «castellano» con la insistencia airada en la propia valía colectiva, pero, a la vez, presto a replicar con escepticismo automático ante las pretensiones de prestigio nacional habituales en la expresión retórica española». A ese respecto, Ucelay es muy crítico igualmente con los inventores de una pretendida tradición «austracista» catalana, defendida, entre otros, por Ernest Lluch. Para el autor, no queda nada claro que la perspectiva de «una Monarquía tradicional regida por consejos y con fueros, no centralista, fuera tan específicamente catalana y no además parte y reflejo de un «Partido Castizo», que, dentro de España y con capacidad de legar de la aristocracia al pueblo llano, pudo hostigar a los gobiernos reales desde la crisis de reinado de 1724 en adelante...»; y duda, además, de que tales instituciones pudieran haber evolucionado espontáneamente hacia el liberalismo y el régimen parlamentario. En realidad, el catalanismo surge, como proyecto político, en los años ochenta del siglo XIX como respuesta a los proyectos de reordenación de la administración local propuestos por las elites políticas de la Restauración. Frente a ello, Valentí Almirall reivindicó la lengua catalana y el *self-government* característico, según él, de la sociedad catalana. Pero, según Ucelay, su proyecto político fue enormemente ambiguo, al pretender conjugar tradiciones ideológicas diversas como las republicanas y democráticas, de un lado, y las de la Monarquía dual de los Habsburgo, de otro. Incluso le acusa de contener en su seno claros elementos racistas. Para Ucelay, el auténtico creador del catalanismo fue Prat de la Riba, cuya originalidad como pensador juzga, por otra parte, «muy relativa». En opinión de Prat, Cataluña era indiscutiblemente una nación; y España tan sólo un Estado. La solución al problema catalán era el nacio-

nalismo dentro del Estado; lo que llevaba a la fórmula imperial, «forma superior de Estado y, a la vez, Nación de naciones». No obstante, Prat, siguiendo a Joseph de Maistre, expurgó la idea de nación de todo elemento liberal, en un sentido claramente organicista. El *self-government* se convirtió más que nada en una manera de ser y de vivir, avanzada en contraste con una España supuestamente empeñada en pretensiones señoriales e hidalgas. Prat fue, además, un pensador ecléctico, que supo combinar ideologías y proyectos políticos tan opuestos como el federalismo y el foralismo carlista, pero renunciando a su carácter cesaropapista, es decir, a la unión del Trono y del Altar. En ese último aspecto, se opuso al obispo Torras y Bages, partidario de una restauración católica sin fisuras. Y es que, para Prat, la nación es una entidad neutral, que ha de integrar en su seno tanto a católicos como a no católicos. Sin embargo, Ucelay juzga que el concepto pratiano de «unidad cultural» era muy endeble, «ya que Cataluña era, en realidad, un país muy dividido y seguiría siéndolo». De ahí los intentos por parte de los catalanistas, sobre todo a partir de la constitución de la Mancomunidad, de construir una identidad específica desde las instituciones. A ese respecto, fue muy importante, en el catalanismo, la función del intelectual, cuyo rol social fue importado desde Francia a España, a través de Cataluña, sobre todo en Barcelona. La estrategia política de Prat fue bifronte. Por una parte, afirmación nacional catalana; por otra, «regeneración» de España, «desde la base, desde las ciudades y su tejido social, en función de la renovación desde la variedad de realidades identitarias, tanto nacionalitarias como regionales, que componían el Estado español». La clave es que Cataluña tuviera un Estado dentro de un «imperio» hispánico, en el cual pudiera ejercer una función rectora. Con respecto a la Monarquía, se mostró deliberadamente ambiguo, ya que el «imperio» podía ser una unión o federación coronada, o una República federal expansiva, como los Estados Unidos. Pero, en el fondo, Prat era partidario de la conciliación con la Corona española, pero no en una concepción estrictamente monárquica, sino macronomárquica o «imperial», como lo demostraba la ambición de incorporar a Portugal. Y es que el «imperio» pratiano podía tener dos lecturas: un espacio lingüístico y cultural específicamente catalán; o una invitación a reconstruir el perdido Imperio español, a través de una España multiforme. ¿Fue el catalanismo un movimiento político de carácter racista, como el nacionalismo vasco? Ucelay trata el tema a través de la personalidad y la obra del doctor Robert, Pompeyo Gener y el izquierdista Rossell y Vilar, en cuyos escritos es palpable un racismo de raíz biológica. No obstante, estima que la mentalidad catalanista se mantuvo «resueltamente culturalista, con una legitimación sociológica y no biológica». Sin embargo, reconoce que hubo tentaciones en ese sentido, más presentes en la izquierda catalanista que en la derecha, porque ésta última se encontraba «enganchada a los criterios dogmáticos católicos». A ese respecto, Ucelay se ocupa de la influencia de la derecha francesa en el catalanismo. A su juicio, y siguiendo a Zeev Sternhell, cree que el nacionalismo catalán fue «la primera formación hispana que efectivamente consiguió la síntesis ni droite ni gauche que transformó la política europea del

siglo xx y daría paso a iniciativas diversas en la política de masas tras 1919». Prat y los catalanistas bebieron en las fuentes de Víctor Bérard, Hipólito Taine, Eduard Drumont, etc. Pero también estuvieron presentes en sus escritos las huellas de autores anglosajones y protestantes, como Thomas Carlyle, Emerson, Theodore Roosevelt, William James, etc.

Ucelay pasa igualmente revista a las respuestas españolistas a la pretendida superioridad catalana, protagonizadas por figuras como Romero Robledo, Giménez Valdivieso, Vicente Gay, Silvela, Manuel Bueno, Royo Villanova, etc.

Junto a Prat, las dos figuras más emblemáticas del catalanismo fueron Francesc Cambó y Eugenio D'Ors. Cambó fue uno de los primeros catalanistas en asumir la idea de «imperio»; y se adjudicó el rol de la proyección hispánica del catalanismo. Su tarea fue la negociación de los objetivos catalanistas en la política española. Su punto de partida ideológico era el nacionalismo francés, con Taine, Le Play, Fustel de Coulanges, Barrès y Maurras, influencias a las que tampoco escapó Prat. La influencia de Barrès fue mucho mayor en Cambó que la de Maurras, cuya difusión en España, según Ucelay, se vió bloqueada por la presencia del tradicionalismo de raíz carlista de Juan Vázquez de Mella. A diferencia de Prat, Cambó dió más importancia a la política española, que a la local catalana, como se demostró en sus célebres campañas políticas por la «España Grande» o en su libro *Por la concordia*.

Pero el catalanismo chocó con la propia realidad de Cataluña, que contrastaba palmariamente con su visión armnicista de la sociedad. Ello se puso de manifiesto, sobre todo, con los graves sucesos de la «Semana Trágica», de 1909, que hundieron «la imagen de modernización controlada y de superioridad catalana que la Lliga había cultivado con tanta efectividad».

Por su parte, Eugenio D'Ors se erigió en filósofo del catalanismo, a través del movimiento intelectual «noucentista», convirtiéndose en «el representante de la fusión de país y administración». Su estética clasicista, clave de todo el proyecto político «noucentista», significaba la ambición de ejercer «en función d'estat», en un ámbito regional, más allá de la capitalidad barcelonesa». En el fondo, fue el sucesor de Prat, el verdadera «intelectual orgánico» del catalanismo; y dió nuevos contenidos a la idea imperial. A diferencia de Cambó, D'Ors estuvo más influído por Maurras, sobre todo en sus ideas estéticas. Pero también recurrió a fuentes germánicas, como Nietzsche, o anglosajonas, como Wilde o Roosevelt; también izquierdistas, como Sorel. Para D'Ors, el «imperio» era «un estadio de civilización superior». Pero D'Ors fue un intelectual carente de base política y cuya influencia dependía, en última instancia, de Prat; y a la muerte de éste, en 1917, cayó en desgracia, teniendo que abandonar Cataluña, instalándose en Madrid, y convirtiéndose en uno de los portaestandartes del nuevo nacionalismo español. A ese respecto, el autor analiza también algunas de las alternativas del nacionalismo español en esta época: panhispanismo, africanismo, iberismo, mediterraneísmo, etc. Y estima que el ideal imperialista estuvo vigente hasta la edificación del régimen franquista, transplantado desde Cataluña al resto de España. En ese sentido, el papel de D'Ors

fue esencial. Y es su influencia se extendió desde la llamada «Escuela Romana del Pirineo», con Murlane Michelena, Sánchez Mazas, etc, hasta los fascistas españoles, Ramiro Ledesma Ramos, Ernesto Giménez Caballero y José Antonio Primo de Rivera. Se trataba de un nuevo nacionalismo imperialista superador, a través de la expansión territorial, de la lucha de clases.

* * *

El libro de Enric Ucelay es, sin duda, una pieza básica, esencial, en la bibliografía, ya de por sí extensa, sobre el catalanismo, e incluso sobre el nacionalismo español contemporáneo. Es una obra brillante, eruditísima, montada sobre un impresionante acopio de fuentes bibliográficas. Extremadamente rigurosa. El análisis de los datos es minucioso; y en no pocos casos reiterativo. El autor se esfuerza por conseguir la objetividad; y ha logrado una obra en gran medida desapasionada, pero no por ello aséptica. Y es que no rehúye la función judicativa de las conductas y de las doctrinas. Ucelay no duda en muchas ocasiones en someter a crítica los fundamentos ideológicos del nacionalismo catalán, en particular su axial tópico de la «unidad cultural» catalana. Es más: pone de manifiesto alguno de sus puntos más oscuros, casi deliberadamente escondidos por los actuales exégetas y apologetas del catalanismo, como es el tema «imperial», que, como el autor demuestra, no fue un aspecto menor o adventicio, sino central en la trayectoria ideológica de éste. Algo que había analizado, aunque con menor exhaustividad y rigor, Jordi Solé Tura, en su conocido libro *Catalanismo y revolución burguesa*, cuya tesis venía lastrada por los prejuicios característicos del marxismo, que identificaba, sin demasiadas matizaciones, de forma harto mecanicista, catalanismo y burguesía industrial, interpretación un tanto simplista que Ucelay critica y descarta elocuentemente. El contenido de *El imperialismo catalán*, contrasta igualmente con otros estudios recientes, como los desarrollados por el historiador Vicente Cacho Víu, en los que se defiende que D'Ors fue el único intelectual imperialista y maurrasiano dentro de la *Lliga* y el carácter liberal y modernizador del nacionalismo catalán, frente a lo que él llamaba «paleonacionalismo español». En contraste, Ucelay viene a demostrar, con rigor y gran acopio de datos y fuentes, algo que sospechábamos desde hace tiempo; y es que el nacionalismo catalán fue, en gran medida, la primera manifestación de la derecha radical en el suelo hispano, para influir luego, sobre todo a través de la figura de Eugenio D'Ors, en importantes sectores de la derecha española. Al fin y al cabo, fue Cataluña la pionera en la recepción del nacionalismo integral francés. Incluso pudo haber sido, como ya señaló el embajador italiano Raffaele Guariglia, en sus informes a Mussolini, la región donde se daban las condiciones para la emergencia del fascismo español. En el fondo, esta obra podía haberse titulado, desde la perspectiva de su autor, *Los orígenes catalanes del fascismo español*. Y es que entre el nacionalismo catalán y lo que luego sería el fascismo se daban importantes analogías: corporativismo, nacionalismo, imperialismo, clasicismo estético, etc. En ese aspecto, la importancia de D'Ors y del movimiento *Noucentisme* es esencial.

Discrepo, en cambio, con el autor, en las razones que alega para explicar la escasa difusión del ideario maurrasiano en el resto de España. A mi modo de ver, ello no fue consecuencia únicamente a la presencia del carlismo y al ideario de Vázquez de Mella, cuyo proyecto político se asemejaba en más de un punto al del líder de *L'Action Française*. Vázquez de Mella era ante todo un retórico, un orador; y no un pensador sistemático. Fue incapaz de dar forma coherente a su ideología; ni tan siquiera pudo terminar su discurso de entrada en la Real Academia de la Lengua. Incluso en los sectores mellistas hubo voces, como la de Salvador Minguijón, que se mostraban partidarias de la creación de una revista semejante a *L'Action Française*, para remediar los fallos del carlismo en materia intelectual. Y es que las razones son más profundas. En primer lugar, la propia inercia política e intelectual del conservadurismo español de la época. Y, en segundo lugar, la influencia del catolicismo. Maurras, como es de sobra sabido, no era creyente, sino positivista, agnóstico, anticristiano y maquiavélico, su «catolicismo» se nutría de razón de Estado. La derecha española carecía de tradición positivista, científicista. En esto, la derecha catalana, como muestra Ucelay, fue una excepción, al lograr Prat de la Riba la neutralización política de los católicos, a la hora de garantizar la aconfesionalidad de su movimiento político. De todos modos, la influencia de Maurras fue importante en el maurismo.

Por otra parte, una de las preguntas que suscita el libro de Ucelay es si era posible llevar a la práctica el proyecto de una Cataluña rectora en el seno de un Imperio hispánico. En mi opinión, no. En parte, por la propia debilidad política de Cataluña en el conjunto español; en parte también por la propia división de la sociedad catalana; y, en fin, por los celos que suscitaba el «imperialismo» catalán en el resto de los pueblos de España, sobre todo por el desdén con que las elites catalanistas interpretaban la realidad española. Como señalaría a la altura de 1903 el joven Ramiro de Maeztu, el catalanismo podía ser, sin duda, una fuerza modernizadora de la sociedad española; pero, a su juicio, había cometido el error de proclamarse portavoz de «individuos de una raza superior»; lo que contribuía a levantar «una barrera a las demás comarcas». Puede que, como señala Ucelay, el catalanismo, a pesar de la presencia del doctor Robert o de Pompeyo Gener, no fuese un movimiento racista; pero de lo que no hay duda es que ciertas expresiones e ideas delataban un sentido de superioridad con relación al conjunto de los españoles. A ese respecto, es interesante el capítulo que Ucelay dedica a las respuestas «españolistas» a los supuestos del nacionalismo catalán. Pero creo que los autores elegidos no se cuentan entre los más significativos. Hubiera sido más interesante, a mi modo de ver, el estudio de otros autores como César Silió, Ramiro de Maeztu o Víctor Pradera. Este último aparece, por cierto, en el libro como «Javier Pradera», una errata que habrá de corregirse en ulteriores ediciones. El caso de Pradera quizá sea, en ese sentido, el más interesante, porque no sólo polemizó con Cambó, cuando éste viajó al País Vasco para promocionar su alternativa con ayuda de los nacionalistas vascos, sino que teorizó su proyecto político en abierta polémica con el catalanismo, aunque

en ese proyecto se deslizaran algunas semejanzas con áquel. Pradera, desde su perspectiva organicista, veía también a España como un «Imperio», es decir, una unidad política superior compuesta por regiones autárquicas, o, lo que es lo mismo, una federación de regiones en la que el soberano, o sea, el rey, comparte con ellas la soberanía. Desde tal óptica, ni Cataluña ni el País Vasco podían ser considerados como naciones, sino como «sociedades menores» dentro de la unidad superior española. La originalidad de la crítica del maurista César Silió radica en su utilización de los supuestos de la sociología de Gabriel Tarde, a la hora de explicar la aparición de los nacionalistas periféricos. El binomio invención-imitación era la base de tal explicación. Toda sociedad vive en un estado permanente de imitación que es un estado no racional; el elemento realmente importante corresponde a las minorías rectoras. Pero el «centro» era incapaz de ejercer la necesaria ejemplaridad sobre el conjunto nacional. Para Maeztu, la función de catalanes y vascos no era crear nuevas naciones, sino contribuir al desarrollo material y político de la nación española. En algún momento, manifestó su admiración por el nacionalismo catalán, en el que, como hemos señalado, vio una fuerza modernizadora; igualmente, alabó su capacidad para organizar a los intelectuales; pero, en el fondo, siempre lo interpretó como un movimiento particularista, que contribuía a bloquear el desarrollo político y social español.

Destaca también en el movimiento catalanista, aunque no en el D'Ors disidente, el desinterés por el movimiento europeísta.

Echo de menos igualmente alguna referencia a la figura de Eduardo Aunós, antiguo militante de la Lliga y luego ministro de Primo de Rivera y de Franco. Se trata, a mi modo de ver, de una figura que sirve de engarce entre la derecha catalana y la derecha antiliberal española. Admirador de D'Ors, Aunós, en obras juveniles como *El libro del mal estudiante*, *Cartas a un Príncipe* y *Problemas de España*, desarrolló el proyecto de un régimen corporativo, antiliberal y expansionista, que debe mucho a Prat, Cambó, de quien fue secretario, y D'Ors.

Excesivamente lineal me parece, por otra parte, la continuidad que el autor establece entre el proyecto imperial catalán de Prat-Cambó-D'Ors, el falangismo y luego el régimen de Franco. En primer lugar, creo que esta influencia fue, ante todo y sobre todo d'orsiana. Además, hay que señalar que D'Ors nunca llegó a ser un fascista *sensu stricto*. Su estadista favorito no fue Mussolini y mucho menos Hitler, sino Oliveira Salazar, a quien alabó, sobre todo, por su alergia a la política de masas y al populismo. De los líderes e intelectuales falangistas el más influido por el filósofo catalán fue, sin duda, José Antonio Primo de Rivera, lo que resulta patente en su insistencia en los valores clásicos, en la jerarquía, en su concepción imperial y del hecho nacional. Distinta fue la posición de Ledesma Ramos, que nunca perdonó a D'Ors que se negase a colaborar en *La Conquista del Estado*; y que no dudó en acusarle públicamente de «deshonestidad intelectual». En cuanto a su concepción del Imperio, ésta hacía referencia a la expansión territorial por el norte de África y la reconquista de Gibraltar. La organización territorial propugnada por Ledesma debía mucho más a la

preconizada por Ortega en *La redención de las provincias* que al catalanismo. Con respecto a Giménez Caballero, creo que el autor enfatiza en exceso su influencia política e ideológica.

A estas pocas objeciones a la monumental obra de Enric Ucelay añadiría otra. Y es que en su mayor virtud —es decir, en el deslumbrante rigor exhaustivo documental— se encuentra su mayor «defecto», porque un volumen de este tamaño precisaría bien unas conclusiones sintetizadas al máximo, o bien una versión abreviada del libro a fin de hacerlo llegar a un público mucho más amplio.

PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS